

Un Cuento al Día

SÚMATE A LA AVENTURA
DE LEERLES UN CUENTO
CADA DÍA A LOS NIÑOS

UN PAÍS QUE LEE
ES UN PAÍS QUE SUEÑA



Gobierno
de Chile

www.gob.cl

Ministerio de
Educación

Gobierno de Chile

Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes

Gobierno de Chile

lee
chile
lee

Plan Nacional de Fomento de la Lectura

La ciudad junto al mar

Alberto Rojas M.

Ilustrado por Jorge Quien

DESDE LO ALTO de las dunas, Kara observó algo que jamás había visto. A lo lejos, medio enterradas en la arena, se levantaban más de veinte enormes construcciones. Eran tan altas que parecían tocar el cielo. Sin duda, las ruinas más grandes que había visto.



Tras caminar casi una hora bajo el sol, lo primero que hizo fue cobijarse a la sombra de una de esas torres. Lentamente desenrolló el pañuelo que usaba para cubrir su cabeza y rostro, imprescindible para respirar en medio de las frecuentes tormentas de arena. Luego se quitó los antiguos lentes oscuros que usaba para proteger sus ojos. Entonces, con ambas manos sacudió su pelo negro y tras descansar un poco, bebió un solo sorbo de la penúltima cantimplora que llevaba. El agua estaba caliente, pero no le importó.

Kara intentó imaginar cómo habría sido esa ciudad antes de que se convirtiera en ruinas. Antes de los Tiempos Olvidados. En su familia siempre se hablaba de aquella época remota. O mejor dicho, repetían lo que alguna vez había contado el padre de su abuela materna: un mundo en el que abundaban el agua y los alimentos, los hombres volaban en enormes máquinas (aunque ella realmente no lo creía posible) y casi todas las enfermedades tenían cura.

Pero un día el agua dejó de llegar a las grandes ciudades de ese tiempo. Las luces que brillaban en la noche se apagaron. La comida y las medicinas se empezaron a agotar. Y entonces, los clanes tomaron la decisión de abandonarlas para siempre, internándose en el Gran Desierto.

Durante su infancia, cada uno de esos relatos le había llenado la mente de imágenes imposibles y más de alguna vez soñó con ese mundo perdido para siempre. Pero ya no era una niña y a sus catorce años tenía una misión.

Cuando el pozo de la aldea se secó, todos supieron que era tiempo de volver a peregrinar por el desierto. Ella ya había vivido cinco peregrinajes y sabía que podían durar semanas o incluso meses. Y que no todos sobrevivirían.

Como era la costumbre, el líder del clan pidió cuatro voluntarios para buscar algún indicio, por pequeño que fuera, de hacia dónde debían ir para encontrar agua. Su abuelo fue el primero en ofrecerse. Los padres de Kara le dijeron que era una locura y que no duraría ni una jornada en pleno desierto. Pero él les aseguró que sabía dónde ir y que encontraría “La ciudad junto al mar”. Que él había leído sobre ella en los antiguos libros que conservaba el clan. Todos lo tomaron por un loco, pero Kara confiaba en la sabiduría de su abuelo, así que ella públicamente se ofreció a ir en su lugar. Sus padres se horrorizaron ante la idea y su abuelo fue el primero en suplicarle que desistiera. Pero Kara había manifestado su voluntad ante todo el clan. Y las costumbres obligaban a respetar su decisión y su honor.

“Al oeste, siempre al oeste”, le había dicho su abuelo antes de partir. Y hacia allá se había dirigido.

Ya más recuperada, comenzó a recorrer aquel extraño lugar. La arena había entrado a las construcciones, cubriendo gran parte de su interior. Ya no existían ventanas ni puertas, y el acero lucía sumamente oxidado.

En lo que alguna vez habían sido calles encontró restos de autos, camiones y buses. Unos pocos postes de alumbrado todavía seguían en pie, como mudos centinelas de una ciudad fantasma. Y a lo lejos, más allá de la última torre, Kara vio al menos una docena de barcos de diferente tamaño, inmóviles en la arena. “Esta



es”, musitó. Esta debía ser la “Ciudad junto al mar” de la que le había hablado su abuelo. Pero no era lo que esperaba encontrar, así que llena de tristeza y decepción, cayó de rodillas sobre el suelo polvoriento. Trató de no llorar, porque no podía darse el lujo de perder valiosas gotas de agua. Pero la frustración era demasiado grande y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Súbitamente un sonido profundo y estremecedor retumbó en todo el lugar. Kara se puso de pie con todos sus sentidos en alerta, intentando encontrar la fuente de aquel ruido. El corazón se le iba a salir por la boca. Un segundo estallido inundó el lugar, reverberando en el eco que se propagó por las ruinas de la ciudad. Entonces, al mirar hacia arriba, Kara sintió que sus piernas se doblaban por la impresión.

Nubes enormes y grises avanzaban a gran velocidad desde el horizonte, ocultando por completo al sol. Ella jamás había visto algo semejante y pensó que esas vaporosas formas en el cielo debían ser como las tormentas de arena que cada cierto tiempo azotaban su aldea. Entonces sintió algo en su rostro, como un pinchazo. Luego otro y otro, hasta que incrédula descubrió que lo que caía sobre ella eran gotas de agua. Y las tímidas precipitaciones se convirtieron en una lluvia que rápidamente empapó su cabello y su ropa.

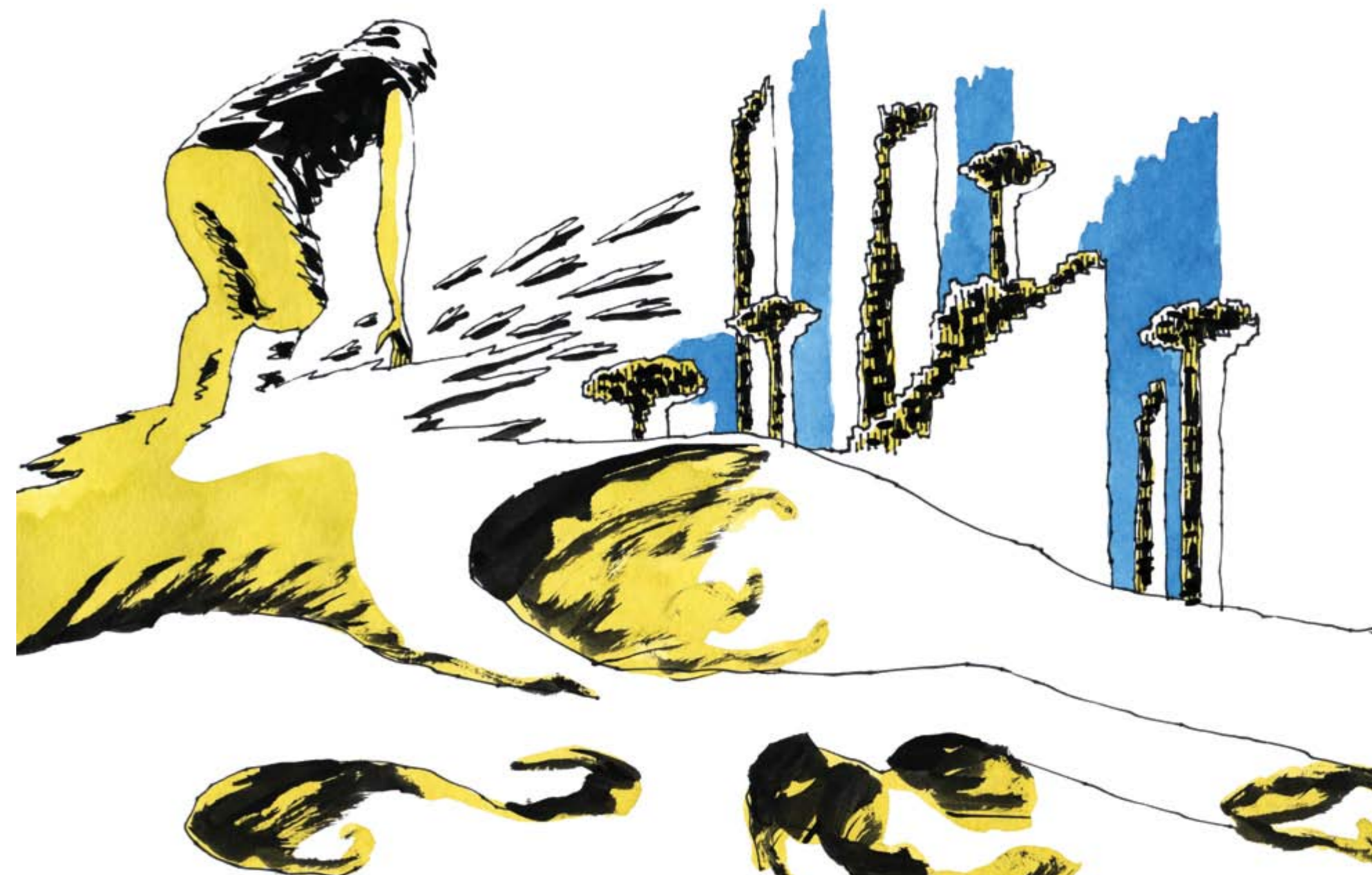
En pocos minutos ya se habían formado charcos en el suelo y sobre los techos cóncavos de varios autos ruinosos. Así que Kara abrió las tapas de sus cinco cantimploras y las llenó hasta rebalsarlas. Luego estrujó varias veces su pañuelo empapado sobre sus labios, sintiendo el sabor refrescante de aquella agua fría y deliciosa. Y Kara se preguntó si acaso esto sería el regreso de los antiguos mares, que caían del cielo para devolver la esperanza a todos los clanes y aldeas que habitaban el Gran Desierto.

Pero súbitamente la intensidad de la lluvia empezó a decaer, hasta quedar reducida a gotas esporádicas. Entonces, por el rabillo del ojo, las vio.

A unos cuantos metros, sobre los postes del alumbrado, tres extrañas criaturas la observaban en silencio. No se parecían a nada que ella conociera. Estaban cubiertas de algo que claramente no parecía pelo. Eran casi totalmente blancas, salvo algunas pequeñas zonas de su cuerpo. Y las patas eran de un amarillo intenso.

Una de ellas abrió lo que debía ser su boca y dejó escapar un agudo sonido que las otras dos criaturas imitaron. Luego extendieron lo que parecían ser sus brazos y empezaron a moverlos de arriba a abajo, hasta que saltaron de los postes. Pero en vez de caer al suelo, aquellas criaturas se movieron cómodamente por el aire, ganando altura.

Kara intentó alcanzarlas corriendo tras ellas. Pero ya iban demasiado lejos, siguiendo a la lluvia. ¿Qué eran? ¿Cómo podían permanecer en el aire sin caer? La única respuesta a sus preguntas fue algo parecido a una escama, blanca y alargada, que una de las criaturas había dejado atrás. Kara se agachó, la recogió y se sorprendió de su suavidad. Entonces recordó una historia contada hace mucho por su abuelo, sobre animales que podían volar y cuyo cuerpo estaba cubierto de algo llamado... ¿Cómo era la palabra? Plumas. Sí, se llamaban plumas.





Kara volvió a tocarla, disfrutando de las cosquillas en la palma de su mano, y entonces sintió que todo tenía sentido. Tal vez ese lugar no era la “Ciudad junto al mar” de la que le había hablado su abuelo. Pero quizá existían otras ciudades como esa, más allá del horizonte. En alguna parte había un mar. La lluvia y los animales que podían volar eran la prueba de eso.

Con gran cuidado guardó la pluma dentro de uno de sus bolsillos. Luego observó durante algunos minutos las ruinas que la rodeaban, anudó su pañuelo alrededor del cuello, se puso sus lentes oscuros y comenzó a caminar hacia el este, de regreso a su aldea. Ya tenía la prueba que necesitaba para guiar a su clan en la nueva travesía. Pero ahora no irían en busca de un pozo. “La ciudad junto al mar” estaba en algún lugar hacia el oeste, tal como le había dicho su abuelo. Y Kara la iba a encontrar.

